

cuando yo y mi entereza hubiéramos incurrido en descomanion alguna por delitos, que nunca faltan, para eso es el obispo, para absolverme de ellos, y dar orden que mi entereza sea honrosamente sepultada. ¿Sabe lo que ha de hacer? Sabe lo que quiero mandarle? Que pues yo soy obispa, justo es mandemos á veces; que llame la camarada, y por lo menos de antemano bebamos la corrobala, como dicen los montañeses de mi tierra, y delante de la insigne Vigornia se ordene un festin, y me deje hacer cuatro pares de melindres, siquiera porque vean que me duele el degollar un pollo que ha tantos años que crio para su mesa episcopal. Y tambien sepa, señor don Acémilo, que me estimo, y quiero que delante de ellos me dé palabra, aunque no sea sino por bien parecer, que cuando sea cura me darán de beber, que lo que es de comer ya sé que es pedir peras al lobo, pues no las ha de tener jamás, ni para sí, ni para mí, sino es que comamos las calabazas que tiene de renta pagadas por mano de obispo, cada cuatro tēmporas un tercio, sin algunos que están caídos, que es la renta mas cierta que hay en Castilla; y si esto le está muy á cuento, consiento, si no, pique. Digo pique el carro. Que si por fuerza va, ya sabe que las mujeres sabemos malograr los gustos. Mas vale carnero en paz, que no pollo con agraz. Créame, amen, que le digo la verdad. Persona forzada, aun para servir en galera es mala, con ser oficio aquel de por fuerza. ¿Cuánto menós podrá una forzada servir de hacer favores, siendo oficio de gente voluntaria y gustosa? Y si esta razon no le contenta, llame á consejo, y verá lo que le dicen sobre esto de las fuerzas. Créanme ó no me crean, sabe Dios que en esta ocasion me encomendé con todo corazon á santa Lucía, de quien dicen que es abogada de los que la invocan en peligros semejantes. Vayan conmigo. Mi intento era apellidar por compañía, para dar á largas con untura de almacen y entretener el tiempo, aunque el motolito con toda su Vigornia en el cuerpo creyó que el llamar compañía era para hacerle la salsa al plato ó para tañer de mancomun al conjuro de la bruja que decia: Allá vayas, piedra, do la virginidad se destierra.

Cuando vi yo que mi obispote suspendía el auto y me oia de Autan, y vi que el gustosillo y blando céfiro de mis regaladas y airosas palabras borneaban su cabeza de porra de llaves y su cuello de tarasca, y hacia ademanes de aprobar mi consejo y llevar este negocio de gobierno conforme al arancel de mi peticion, luego di por tan hechas mis chazas como sus faltas. Dicen que cuando las alas de cualquier ave de rapiña se juntan á las del águila, con el poder y virtud de las del águila se van pelando y consumiendo las de las otras aves, en especial las de las panteras y las grullas. Así ni mas ni menos, viendo yo que las trazas de este avechucho y grullo, que así se llamaba, se juntaban con las mias, tuve por cierto el apocar sus intentos, y destruir sus estrategias con mis astucias; en especial me animó el ver que habia perdido la primera ocasion, porque es regla cierta que quien pierde el primer punto pierde mucho. Y no tuve mejor pronóstico de que la fortuna estaba en mi fa-

vor que el ver que se le habia escapado el primer lance de fortuna. Acuérdomme de un galan pensamiento de un poeta que fingió que el amor salió un día á caza llevando en su compañía al consejo. Era el desinio del amor cazar una fiera llamada buena ocasion. Yendo pues en persecucion de tan gustosa caza, llegaron á un espeso monte, en el cual estaba la ocasion encovada en el cabezo de un alto y casi inaccesible risco. Luego que el amor vió la presa deseada, pidió ayuda al consejo. Ayúdole. Llegaron al puesto tan ligera y astutamente que el consejo le puso la ocasion en las manos, de modo que el amor la pudo asir. Ya que el amor tuvo la presa en las manos, volvió el rostro hácia donde estaba su compañero el consejo, y díjole muy despacio: Amigo, haced traer una jaula en que enjaulemos y llevemos viva la ocasion, que tan perdidos nos ha traído. Mientras el amor volvió el rostro y cuerpo á decir estas razones al consejo, huyó la ocasion á vuelta de cabeza, y dejó al amor burlado y aun afrentado. Quejóse el amor de la poca ayuda del consejo. Mas el consejo le respondió, diciendo: Amigo amor, yo no acompaño mas que hasta cazar, pero no hasta enjaular; y así, tuya es la culpa, que teniendo la caza en la mano y armas en la cinta, no era necesaria mi ayuda. Así que, con mucho fundamento me consoló el ver que se ponía á tomar consejo el obispo en el tiempo que tenía la ocasion en la mano. Con las razones que le dije al obispote puse su señoría de cera, y mas obediente á mi mandato que si yo fuera la papesa. Queriendo pues poner en ejecucion mis ordenanzas, dió un silbo como de cazador, ó de ladron, que todo lo era y de todo tenía gesto, y al reclamo acudió la Vigornia, pensando que ya habia, como ladron, embolsado el hurto, y como cazador degollado á la pobre tortolilla, cogida en la red que ellos dejaron armada. Y como los soldados, despues que ven desmantelado el muro que han sitiado, se entran con algazara á tomar posesion del castillo conquistado, diciendo á voces: ¡Viva España y su rey! así ellos con voces y alaridos venian diciendo: Viva el obispo y su Vigornia! Y otro picarazo que tenía una voz rocinable dijo con un bajo temerario: ¡Viva el señor obispo, remediador de huérfanas! Yo, por les ganar la boca para mis intentos, dije á un bulto un amen, y tras él dos de mudanzas con tres castañetas en seco, en el poco sitio que me cabia en el carro, donde íbamos como palominos de venta. Usaba de todas estas trazas por vestirme del color de la caza, lo cual fué parte para que el mismo carro, que ellos ordenaron para su triunfo, me sirviese á mí de vivir donde cazarlos, como mas larga y gustosamente lo verás en los dos números que se siguen. Esto que he referido era entre dos luces, cuando se reia el alba, y tanto mas se reia, cuanto mas de cerca iba contemplando la burla que yo pensaba hacer al villadino, ó por mejor decir, al vil ladino.

APROVECHAMIENTO.

Permite Dios que el pecador, no solo no consiga los gustos que pretende con sus quimeras, pero ordena y

quiere que ellas sean instrumentos de sus penas y verdugos de su personas.

2. — DEL PARLAMENTO LOCO.

Estancias de consonancias dobles en un mismo verso.

Hizo cetro de un garrote el obispote,
Y á guisa del rey Mono hizo su trono,
Y para mas abono, dijo en tono:
Amigos, cese el cote y ande el trote.
Hoy se casa el monarca con su marca,
No quede pollo á vida ni comida
Con que sea servida mi querida,
Llamalda en la comarca polliparca.
Traed tocino y buen vin de San Martin,
Pan, leña, asadores, tenedores,
Frutas, sal, tajadores los mayores,
Presto, que el dios Machin pretende el fin.
Acabada esta razon, dijo el moscon:
Marchad luego, hola, sin parola.
Fuéronse con tabaola, y quedó sola
Justina en conversacion con su obispote.
Justina entretenida y suspendida,
De modo que pudieron los que fueron
Hurtar lo que quisieron, y volvieron
Con lo que pedía su señoría.
Venidos, se asentaron y brindaron.
El obispo don Pero se hizo un cuero.
Luego el carretero cargó muy delantero,
Mas que si mucho pecaron, mas penaron.

Ya que estaba el carro atacado de bellacos, y el gobernador de la Vigornia en medio de ellos, pareciéndole que no venia bien el ser obispo casado, no siendo obispo griego, aunque cerca de serlo, renunció los hábitos é hizo rey. Tomó un garrote en la mano en forma de cetro. Hizo de las capas un trono imperial, poniendo por respaldar dos desaforados cuernos. Parecia rey mono puramente. Captó la benevolencia, pidió atencion, estaban boquiabiertos. Dijo Eneas, y escuchaba Dido el parlamento muy atenta por su mal. ¡Oh qué bien dijo el refranista español: En consejo de bellacos razonamiento de trapos! Lo cual quisieron sin duda decir los antiguos cuando para pintar una tropa de semejantes bergantes, gobernados por otro tal, pintaron una zorra coronada de restas de ajos, predicando en un cesto á las monas y á los gatos; pero vaya de parlamento episcopal.

Caros infanzones míos, conocidos en nuestra region campesina por vuestras hazañas tan claras, que de noche relucen mas que ojos de gato, por lo cual son hazañas gatunas; famosos por vuestras prendas nunca empeñadas, sino es en buena taberna: lo primero, hoy cese el cote, pues no hay para mí fiesta cumplida sin cumplirse mis deseos. Lo segundo, quiero que andeis al trote, que es el paso de mis cuidados; demás de esto, aviso que os he juntado en este mi carro triunfal para que, como á otro Scipion, coroneis de gloriosa palma mi cabeza, no por la vitoria que he alcanzado, sino por la que espero. Demás de esto, os advierto que conviene á mi servicio y á vuestra honra vigornial y á la virginal de Justina, nuestra hermana, tan cara cuan barata, que pues puedo decir que hoy nació del vientre de la fortuna, vea yo que con gusto festejais mi nacimiento claro. La circunstancia del tiempo, si quereis

mirarlo, me da á entender que pues nació debajo del amparo de la estrella de Vénus, me ha de ser propicio el Dios de amor, su hijo, y el alba de mi Justina. Cantaréis á voz en grito cuando el piadoso cielo honrará mi cabeza con su lauro, y diréis que renazco como ave fénix de las cenizas que ha hecho Justina en mi alma, despues de haber quemado las potencias de ella con el inmortal fuego de su rigor. Atencion. Ella está entera como su madre la parió, y aquí suspiró el auditorio; mas en esta hora piensa tomar puerto mi presuroso bajel y estampar en su entereza el *non plus ultra* asido de mis dos columnas. Digo claro que pretendo que dentro de una hora fatal la caza de esta rara ave haga plato al gusto mio. Este es el dia mayor de marca, en que vuestro monarca se casa con su marca; por tanto mando y quiero que os extendais por los lugares de esta region comarcana, que son muchos y muy cercanos, y no dejéis pollo ni ganso ni palomino á vida. Llámese mi Justina la polliparca, porque quiero que ella sea hoy la Parca que acelere la muerte á todo pollo. No quede fruta ni queso ni bon vin de San Martin, ni cosas de las de pasagaznate que no adjudiqueis para mi cámara. Y porque no hay principal sin accesorios, traed para mi servicio asadores, tenedores, tajadores grandes de madera, que son los platos de las bodas de los labradores, manteles, sal, cuchillos y todo buen recado de pieza y suela. No quede cosa que no sea tributaria de mi solemne día, ofreciéndola á los piés de mi Justina, á quien justamente estoy rendido.

A vueltas de esto, no cesaréis de hacer perpetua demostracion de la alegría que en vosotros causan mis esperanzas, pues os consta que aun las cigüeñas se juntan á hacer fiesta el día que alguna se casa. Ea, amigos, que el dios de amor tiene alas y no sufre dilaciones. En especial el mio, que es mas volandero que la garza de Baldovinos. Hola, amigos, menos parola y mas obediencia, que pues las esperanzas de mi placer no dan mas larga que una hora, no es justo que os dé hoy mas de plazo para cumplir lo que tengo ordenado y dispuesto. No hubo bien dicho esto el nuevo Eliogábalo, cuando los de su faccion, con gran tabaola, saltaron un barranco que nos dividia con la presteza que los galeotes saltan en el remo, ocupándose en obedecer al principote de la Vigornia. Entonces tuve por verdadera la fábula del Zorro, el cual, para ir en casa de una querida zorra, puso á un cochino alas de grifo, y se halló mejor con este modo de cetrería que con otra ninguna; así estos, aunque como cochinos iban hacinados en una carreta, pero este zorro, con ánimo de cazarme, les puso alas de grifo; solo hay que, aunque cazó carne, pero no la que él quiso. De la presteza con que parlé me espanto; mas si cochinos mandados de zorra vuelan, ¿qué me admiro de la ligereza de estos?

Cosa donosa es ver cuán de gana obedecen los bellacos á quien gobierna su bellacada, y cuán de mala á sus legítimos superiores. Preguntó uno á un caballero: Señor, ¿por qué pagais tan mal á vuestros acreedores, siendo tan franco y pródigo con las personas á quien

no debeis nada? Respondió el caballero: Porque el pagar con obligacion es de pecheros, y el dar sin deber es de nobles. No me quiero detener ahora en calificar este dicho, que bien se echó de ver que erró este franco necio, que antes el pródigo paga pecho á la imprudencia y al vulgo, y al que dirán y á todo el mundo; y por el contrario, el que paga á su acreedor muestra gran nobleza; lo uno en desechar sujeciones, lo otro en ejercer la virtud mas hidalga, que es la justicia, la cual hace una ventaja á las demás virtudes, que las demás solo miran el provecho de su dueño; pero ella y las que á ella se llegan no miran sino el provecho del tercero, que es mas nobleza é hidalguía, y tambien porque ella es tan noble é hidalga, que iguala al mayor, si debe, con el menor, si es acreedor. Pero dejado esto para los Sotos frescos, para los Gallos briosos y para las Peñas fuertes, que son los floridos de nuestra Salamanca, concluyo á mi propósito con decirte advertias cómo estos bellacones tenían por bien obedecer á su verdadero obispo, el cual les traía sobre ojo; empero á su obispo soñado le obedecian, y con la presteza que el rayo sale de oriente y aparece luego en occidente, con tanta y aun con mayor obedecian estos demonios á su Belcebub. Dejéronme con él, y sin mí, tan sola cuan mal acompañada, tan triste cuan disimulada. Comenzóme á decir muchas chanzonetas, y de travesía me daba algunas puntadas para que le dijese lo que pensaba yo hacer cuando tomásemos la Goleta. Yo al principio comencé á responderle á son; mas ya que vi que se metía en tantos dibujos, eché por otro rumbo. Comencé á contar cuentos, los mas de risa que se ofrecieron, para divertirle la sangre. Contéle medio libro de don Florisel de Niquea, que entonces corria tanta sangre como yo peligros; mas á estos me respondía que para entonces mas se atenia al Niquea, ó por mejor decir al *neque ea*, que al don Florisel, y que para quien esperaba fruta eran muchas flores. Dile algunos sorbos de Celestina; mas decía que tenía espinancia y que no podía tragar nada de aquello. Pero ya que no me valieron los cuentos de mi señora madre Celestina, valiéronme sus consejos. Del momo un poquito, mas dijo al momo no, no. De alivio de caminantes dije lo que importó, para aliviar mi camino de la carga que tenía; mas él en nada sentía alivio: bien es verdad que todo cuanto yo le decía le sabia bien y todo lo aprobaba, aunque era con tal modo, que daba bien á entender que como no me tenía á mi toda, sino sola mi lengua y sombra, no las tenía todas consigo.

En esta sazón venia ya el hermoso Apolo, corriendo presurosamente por los altos de un cerro, siguiendo el alcance de los alojados infanzones, para descubrir los hurtos y emboscadas, de que siempre fué tan enemigo. Mas cansado el bellissimo jóven luciente de correr tras los nuevos Jonatases, parece que se detuvo y descansó tras un espeso monte de encinas, y ellos llegaron ante el tribunal de su antiguo obispote y nuevo rey de copas, y yo era una de ellas, con la presteza y provisión que si ellos fueran el águila de caza que tuvo Pa-

leologo el rústico. Unos traian pollos, otros palominos, otros patos, otros pan, otros platos, que como era boda de pícara y pícaro y hecha por mano de pícaros, casi todo cuanto despescaron empezaba en P, pues instrumentos de platos y asadores, cazos y sartenes pudieran alhajar dos novias con lo hurtado. Uno trajo un costal de pan caliente, con juramento que se lo habían sacado á traición á un horno por las espaldas, que tenía vueltas á la calle, dejando por lengua, que lo habló, el calor y olor tan conocido. Otro, por no venir mano sobre mano, hurtó diez candiles de un meson para hacer en mi boda el entremés de la encandiladora. Otro trajo una sobremesa de unos que se habían quedado dormidos, despues de haber jugado sobre ella á los naipes; y aun dijo el estudiantico Vigornio que, como vió los jugadores dormidos, hizo á uno la mamona hácia la faltriguera. Parece ser que no traía bien los dedos, por lo cual recordó el dormido, y como sintió sobre sí la mano del nuevo reloj, que apuntaba á su faltriguera, no para dar, sino para tomar, se aborotó y comenzó á dar voces. Era el estudiantico bello bellaco, y sin perder compás ni mostrar turbacion, le dijo con mucho sosiego y contento: Hermano mio, si como soy estudiante burlon, fuera algun ladrón de los que andan hoy día por el mundo, mala manera de negociar teniades, y muy peligroso era el sueño; pero amigos somos; duerma, galan, y mire, que por hacerle caridad y buena obra, le arropo. Tras esto le atestó el sombrero sobre los ojos, no tanto por arroparle cuanto por arroparse con la carpeta ó sobremesa, sin que lo columbrase el labrador, á quien dejaba hecho pita ciega, y tan ciega, que pensó que de pura caridad duranga y celo gatuno le dejara casquiestado. La sobremesa era galana, por señas que una poyata se la había prestado á la mesa sobre su palabra, y el estudiantico la tomó sobre su conciencia y debajo de sus brazos. Otro trajo un tizon de lumbre; quemado él sea con él, que este me desatentó, que no hacía sino soplarle, y alumbrarme á la cara y reirse, diciendo: Colorada va la dama. No acabara si contara por menudo las cosas de comer y el recado que trajeron. No me espanto sino cómo no sacaron de cuajo las aldeas y de cimientó los muros y casas de villas, segun y como lo hizo Júpiter cuando vino á las bodas de su querido.

Ya se juntaron todos. Vedme aquí con todo el conciliábulo congregado, para decretar á costa de la pobre Justina, que en esta ocasion era blanco de tantos necios; mas yo tenía reforzadas mis trazas y un ánimo como una capitana. Mi inquina era toda contra aquel Olofernes eclesiástico, que aun reir no me dejaba, segun que con los ojos me tenía confiscados boca, lengua y sentidos. En llegando, me sacaron del carro á hombros, como á cátedra de opositor; y el obispo don Pero Grullo miraba á las manos á los apeadores, por si acaso alguno se le deslizaba alguna mano al tiempo de trasladarme del carro al suelo. Dí orden como se guisase de comer. Hiciéronlo, y aunque sin orden, pero con tanta presteza, que parece que de mohatra se les hacia cuanto

querian. En todo me obedecian, sino es en irse poco á poco, que esto no se podia acabar con ellos. Para entablar mi juego de trecho en trecho y bien á menudo, les decía: Amigos, beban, y así lo lleven las viñas. Yo, mirando al obispote, hacia que bebía con un vaso de cuerno, y decía: *Brindis, quoties*. Beba el obispo, y vaya arreo. El obispo se excusaba de beber con una gracia, que contenía mucho de naturaleza, y era decir: De vino poco, que soy patriarca de Jerusalem; mas aunque le amargaba, todavía por mi contemplacion bebió unos polvillos, los que bastaron para añublarse el cerebro, y aun para añadir algunas erres al abecedario de su Vigornia, el que menos, y estaba á treinta y uno con rey. Ello las gracias sean dadas á ciertos puños de sal que eché en el jarro. Decíame el obispo don Pero: ¡Ay, mi Justina, que en todo eres un terrón de sal! Decía yo para conmigo: Verdad dice este, pues aun el vino á pura sal está echado en cecina. Ya que todo estaba guisado y á punto, hizo señal el señor Vigornio mayor, y todos escanciaron y comieron como unos leones; solo mi obispo tragaba mas bocados de saliva que de otra cosa; y pienso que en mirarme gastó una libra de ojos, y en decirles que se diesen prisa otra de lengua. No dudo sino que tras cada bocado que en sí daban los de la Vigornia, le daba su reloj las ciento; mas ellos, como de la fiesta no habían de sacar otra cosa que entremesar á las panzas, y como las traían húmedas del rocío y humedad de la noche y daban de sí como panderos mojados, iban dando alargas al tiempo, de lo cual recibía yo tanto gusto como el obispo pena y rabia. Entre burlas y juego, siempre yo muy cuidadosa con que bebiese el obispo y fuese arreo. Hizolo el obispo á tan buen son, que ya, por decirles daos mucha prisa, hermanos, decía: daos murria perra, hernandos.

Ya que tuvieron rehechas las chazas y hechas las rechazas, los buenos de los mozalbetes decian donaires. No metian letra; y si alguna metian, eran ces y erres. Hacíanme quebrar el cuerpo de risa, que ya el miedo había pagado el alquiler de la casa é ídose á Berbería. Uno, que no tenía salero á la mano, echó cantidad de sal en el suelo, y allí mojaba el carnero, que por ser sobre yerba, salía carnero verde, y por ser sobre tierra, negro, y por todo salía verdinegro. Otro hacia sopas en vino con briznas de cecina, y sacábalas usando de huesos como de euchará. Otros bebían con un zapato, porque á segunda vuelta voltearon las copas. Era hacienda hurtada, que se logra poco. Ya viendo sus demasías el enfrenado y compuesto Pero Grullo, menos bebido, aunque mas beodo, puso general silencio, diciendo: Carren, carren, por decir callen, callen. Averigüe Vargas el vocabulario. Los mozuelos, como estaban metidos en la erre de Babilonia y su confusion, no le respondian, porque ni se entendían ni le entendían. Entonces el monarca, muy enojado, alzó una mano, que entre ellos, y en su habla jacarandina, era indicio de imperativo modo en la manera de mandar, y con esto se recogieron todos derechamente al carro, aunque no tan derechamente ni tan por nivel que no bicie-

ran algunas digresiones de cabeza, paréntesis de cuerpo y equis de piés.

Ya entraron todos, con que el carro quedó en cueros, ó los cueros en el carro. Lo que yo temí mucho fué que el carretero los había de despeñar, porque había cargado la mano mas que todos y aun la cabeza, é iba atazado hasta la gola. El obispo me escudereaba y llevaba de la mano al carro, aunque no tenía él poca necesidad de quien se la diese, para reparo de los muchos trapiés que á cada paso daba. No he visto piés de goznes, si aquellos no. Daba vueltas como mona, en fin, y una vez dió una que pensé se despuntara las narices, que las tenía sobresalientes un poco y aun un mucho. El bien vía que eran caídas de mas de á marca, que era beodo reflejo, que son los peores, mas por excusar su flaqueza, decía el pobre obispote: Justina, por tí danzo. Respondíale yo: Ya veo que por mí danza su señoría, sino que no quisiera yo que hiciera tantas reverencias ni que llevara los cascabeles en la cabeza y corona. Yo, para decir verdad, mis ciertas mamonas le armé hácia los piés, y no fueron de poco efecto, que maldita la que me salió en vano. Cuando se caía hácia mí, dábale un envioncito hácia el otro lado, diciendo unas veces: Ox que no pica; y otras, allá darás, rayo, que este lado es de ladina. Con estas estaciones y revelladas llegó al carro hecho pedazos, con mas sueño que amor. Para subirle al carro le di de pié tres veces, y él otras tantas de cabeza; y cada vez que se levantaba, decía: Upa, que de esta entro. Ya de pura lástima hice á mi maña que le sirviese de grua, y metíle en el carro, y yo tras él tan sin miedo cuan sin tardanza y sin peligro. Reclinéle sobre las capas, sobre las cuales comenzó á dormir la mona alta y profundamente. Vedlos aquí, todos duermen en Zamora, sola la hija de Diego Diez velando, pero no sin provecho; pues, segun ya verás, en el carro que cogieron el gato, pagaron el pato.

APROVECHAMIENTO.

Los malos, como tienen dada la obediencia al demonio, sujétanse de mejor gana á sus ministros que á los de Dios; mas cual es el dueño á quien sirven, tales son los gajes que tiran.

3.—DE LOS BEODOS BURLADOS.

Octavas de consonantes hincados y difíciles.

La fama con sonora y clara trompa
 Publique por princesa de la trampa
 La gran Justina Diez, que con gran pompa
 Vuelve su rebenque en cetro y le estampa.
 La que usa del rebenque como trompa,
 La que llueve azotes y no escampa,
 La que de su carreta hace palenque,
 Y cetro, lanza y trampa del rebenque.
 ¡Oh fama, cuyo acento el orbe encampa!
 Tu sonoro clarín no se interrompa
 Hasta ver la picaresca estampa,
 No digo en papel puesta, do se rompa,
 O en letra de escribano, que haga trampa,
 Sino en peña, en quien no se corrompa
 Memoria de un triunfo tan ilustre,
 Con el siguiente mote por mas lustre.

Mote.

Justina triunfó de ocho beodos,
Echándolos del carro á azotes todos.

Cuando las necesidades son repentinas, las mejores trazas y remedios son los que las mujeres damos. Ca así como el uso de la razon en nosotras es mas temprano, así nuestras trazas son las que mas presto maduran. Mil veces verás en los entremeses ofrecerse necesidad de trazas repentinas, y por la mayor parte las dan las mujeres, que son únicas para de repens. Es el discurso y traza de la mujer como carrera de conejo, que la primera es velocísima, ó como envion de francés, que el primero es invencible. Esto quisieron decir los antiguos cuando pintaron sobre la cabeza de la primer mujer un almendro, cuyas flores son las mas tempranas. Decía un discreto: ¿Las mujeres por qué pensais que hablan delgado y sutil, y escriben gordo, tardo y malo? Yo os lo diré. Es porque lo que se habla es de repente, y para de repente son agudas y sutiles. Por esto es su voz apacible, sutil y delgada. Mas porque de pensado son tardas, broncas é ignorantes, y el escribir es cosa de pensado, por eso escriben tardo, malo y pesado. Digo esto á propósito que tuve dos ocasiones para dar una galana traza: la una el coggerme de repente, y la otra el verme tan apretada; y mas á la verdad, la mayor fué el ver que tan á mi salvo podia trazar. Viéndolos todos beodos, y al carretero mas que á todos, lo primero que hice fué darle un torniscon por verle tan fuera de mí como de sí. Con el golpe arrojó una espadañada de vino, que espantó á las mulas; toméle el rebenque ó látigo con que gobernaba las mulas, y con él derribé mi carretero en el duro suelo. El golpe fué grande, con el cual quedó sin habla, y yo sin pena. Sintieron las mulas notable alivio.

Volaban, pero mas mis pensamientos. El camino que el carretero habia traído hasta allí no iba apartado del de mi pueblo mas que sola media legua, y yo le sabia porque algunas veces le habia andado viniendo con mi madre. Y tambien la mula sabia el camino; piquéla, y como las mulas no eran nada lerdas, el camino apacible, el azote menudo, el cuidado grande, caminaron de modo, que en espacio de dos horas pude meter por mi pueblo esta carretada de odres, sin mas sentido ni movimiento que si fueran insertos en la misma carreta.

Yo comencé á pensar cómo diria al entrar con ellos por medio de mi pueblo. Ofrecióseme si diria: ¿Guarda las zorras! O si diria: ¿Quién compra cueros? O si diria: ¿Fuera, que entra la Vigornia y Pero Grullo! Mas para espantarlos bien y vengarme mejor, me resolví en entrar dando voces, y diciendo: ¿Aquí de la justicia, que estos bellacos robaron la mula y el carro en Arenillas! Y era así verdad como lo viste. Hicelo así, y con tales voces, que se pudieran oír en el real de Zamora. Los beodos con mis grandes voces despertaron despavoridos, y como reconocieron que estaban en medio de la plaza de Mansilla, castigados por mi

mano, y aun por la de Dios, como los de Senaquerib, acudian á derribarse del carro á toda furia. Esta era la primera estacion y no poco gustosa, porque al echarse del carro, daban temerarios zarpazos, y sonaban á cueros que se enjaguan, y los mas de ellos chocaban por salir con toda prisa y huir de mis rigores; como los cuervos mansos y traviesos suelen derribar un vidrio, vaso ó copa y volver el oído para perceber con gusto el sonido, así yo, aunque á rebencazos los derribaba, volvía el oído á perceber el sonido del golpe. La segunda estacion era huir con tal prisa, que parecia llevaban cohetes en los posteriores. Mas ya que habian huído algun tanto, y tornando sobre sí algo, echaban de ver que iban sin sombreros, sin capas, sin cuellos, sin ligas, sin ceñidores, asomaban á querer tornar al carro á sacar su hacienda. Yo les dejaba acercar en buen compás, y en viendo que estaban á mi mano, tremolaba el azote de las mulas, y dábales el rebencazo zurcido, que les aturdió. Bravas suertes hice defendiendo mi carro encantado, ó por mejor decir, encantado. Jugaba de rebenque floridamente; porque para de léjos me servia de lanza, para de cerca de trompa de elefante, para en pié de azote y para asentada de centro. Con estas mis levadas se atemorizaron de modo, que sin capa, ceñidor, liga, sombrero ni cuello ni otras muchas cosas suyas, aunque habidas de por amor del diablo, se fueron huyendo por entre los sembrados, que parecian puramente las zorras de Sanson, con cuernos encendidos en las colas. Todo el pueblo y muchachos se llegó al ruido, y todos les silbaban y gritaban, y si alguno me miraba de léjos, tornaba á tremolar el azote. ¿Qué confusion para ellos, y qué gusto para mí! Estos fueron zorros, estos fueron diablos, que desde ahí á mas de diez y ocho ó veinte dias no se pudieron dar alcance unos á otros, hasta que un dia de mercado se juntaron en el de Vilada, que era donde ellos solian hacer sus conciliábulos zorreros. No se acababan de santiguar de la villana de las borlas y de las burlas, que ambos nombres me llamaban ellos; de las borlas, por las que llevaba al cuello, como montañesa, cuando me encestaron, á lo menos cuando lo pensaron; de las burlas, por las que les hice desde que les puse en cueros, dejándolos con sus vestidos, que es el cosí cosí de Móstoles. Ya despues que tornaron sobre sí, alababan mi traza, pero escociales la injuria, y tanto mas cuanto mas sin reparo la hallaban; que al cabo, al cabo, todos éramos de la carida, cual mas, cual menos, y no podian dejar de reconocerme superioridad.

Despues que se juntaron y trataron de lo pasado, quitaron al Pero Grullo la presidencia y obispado de la Vigornia, con tales ceremonias como si en hecho de verdad le quitaran algun insigne oficio, y por sus edictorios le privaron de oficio y maleficio por muchos años precisos, y otros á merced, y lo sintió él como si le quitaran algun verdadero obispado, que, en fin, siempre fué verdadero el refran que dice: Lo que mas se quiere, mas se siente. Decíanle: Hermano, no merece plaza quien tan infamemente salió de la de Mansilla.

Diéronle criadas vayas, lo cual él sintió mas que todo. Uno le decía: ¿Cómo digo de aquella emperatriz, ante cuyos piés hoy habemos de pagar tributo? Mejor dijeras aquella emperrada emperradera, ante cuyos piés caimos hechos unos zaques, y de cuyo rebenque fuimos tan gobernados como desgovernados. Díjole otro: ¿Esta me llamis polliparca? Llámola yo Grulliparca, pues fué la parca del Grullo, y aun de toda su camarada. Otro le dijo: Camarada, ¿cómo era aquello de hoy renazgo como ave fénix de las cenizas que ha hecho Justina, con el inmortal rigor con que me ha quemado las tres potencias del ánima? Mas cierto fuera decir: Yo naceré con dolor del vientre de una carreta, cabeza abajo y piés arriba, y hoy será aborto de carreta, y me pondrá Justina como nuevo, de puro frisado, con su azotina. Otro le dijo: Hoy la rara ave de mi gustosa Justina hace plato al gusto mio. ¡Oh pecador! bien habias dicho, si no te hubiera primero dado con el plato en los cascos, y si no quemara tanto el plato como el de aceite, que lamió la mona golosa que estaba sobre una hornacha de lumbre. Otro decía: Viva el señor obispo, remedador de huérfanos. El huérfano sea el diablo, y tal remedio venga por su casa. Otro dijo: Ella está entera como su madre la parió. Eso juro yo que la entera es ella, y los quebrantados nosotros. Otro dijo: Ea presto, que el dios de amor tiene alas, juro á diez y á un rebenque, con que hace volar de la carreta. Otro, viendo tan adelante iba el darle vaya, medio lastimándose, medio fisgando, dijo: Carren, carren, murria perra es esa en dar vayas al rasante. Tocó tecla de cuando por decir él callen, callen, daos mucha priesa, dijo carren carren, daros murria perra, etc. Dijeron dichos agudos y donosos, que por agudos los rio, y por largos los callo; quédese á la discrecion del picaro mas discreto, que es el único censor de toda letura de folga. No dejaron cosa que no tocasen, ni punto que no glosasen, hasta decirle: Bien pareces patriarcon de Jerusalem y nacido allá, pues tan vil y cobarde naciste. Henchianlo de necio, cobarde y pusilánime, y fué tal y tan pública la vaya, que corrido de los mates que le daban y mates que le ponian, se fué de aquella tierra: yo no dudo sino que no paró hasta Ginebra. Y aun segun le pusieron hecho un negro, se debió de ir á Mandinga, ó á Zape, donde envían á los gatos. Aunque lo natural era que se fuera él á la isla de las monas, y yo á la de los papagayos. La bellaca que le saliera al encuentro á este toro agarrochado. Muy capada quedó la Vigornia, y tan capada cuan descapada; con todo eso se rehizo y cazaba, no como antes, sino mosquitos, como milano de cuarta muda, y á fe que no me dá á mí poca pena cuando veo picarillos de alquimia entonarse; y que no concurren quien los haga tenerse en buenas. No sé acabar un cuento, ya sé que enfado en él, pero ya acabo.

En fin, yo me fuí á mi casa, donde fuí recibida como un ángel, que la gente de mi casa, aunque me quería mal, holgaba de estas morisquetas que mamamos todos en la leche retozona; y cuando fui á mi casa llevé

tras mí gran cáfila de gente de toda broza, especialmente niños y páparos, como pantera que con el olor de su boca arrebató tras sí los animales absortos tras su fragancia. De todos fui alabada por casta mas que Lucrecia, por astuta mas que Berecinta, por valerosa mas que Semiramis. Verdad es que por sí acaso llevaba algo socarrada mi fama ó otra cosa, me zahumé con trébol é incienso macho en llegando á mi posada, quiero decir, que conté el cuento, con tan buenas clines, que sobre él pudo volar mi fama. Súpose y divulgóse la burla en toda la comarca, y fué tan célebre el cuento del carro y de las mulas, que por esta causa desde entonces llamaron á mi pueblo Mansilla de las Mulas, que hasta entonces no se llamaba mas que Mansilla á secas. La gente que me venía á ver y darme á mí el parabien, como presente, y á los Vigornios el páramal, como ausentes, me tenian despalmada á puros abrazos, aunque no muy puros, que algunos me pellizcaban, que es uso de la tierra. Despues que reposé en mi casa, y se me asentó la cosera, hice libro nuevo. Ya era otra cosa. Ya los principotes de mi pueblo me miraban con otros ojos, ya me llamaban de merced, y las gorras bajaban tantos puntos, que llegaban á dos corcheas, y aun al corcho de mis chapines. Mas no sé qué me hube desde niña, que jamás hombre de mi pueblo me cayó en gracia. Confieso que las mujeres somos de casta de plaza, que siempre gustamos de lo de acarreo, y somos como el deseo, que siempre endereza á lo mas remontado. Y somos como perros, que nos hallamos donde no hay gente, y por esta causa apetecia yo emperrarme; yo en particular siempre tuve humos de cortesana, ó corte enferma, y cosa de montaña no me daba godeo. Con todo eso, el tiempo que duró el festin de los parabienes viví contenta, que el gusto es el corazon de la vida. Lá justicia, sabido el caso, me adjudicó el despojo de la batalla, y mandó que el dueño de la mula hurtada me pagase muy buen hallazgo, pues por mi industria habia sido librada del poder de la Vigornia, y que se me diese por testimonio, porque nadie me pudiese motejar de mala, sino honrar por casta y astuta. Ello nunca faltan bellacos. Alguno me ha dicho despues acá: Hermanita, ¿cómo digo de la jornada de Arenillas? Si no quemada, tiznada, que una vela pegada á un muro, aunque sea argamásado, verdad es que no lo puede quemar; pero dejar de tizaar, es imposible. ¿Qué será si se pega á carne gorda, que se derrite tan bien como la misma vela? Como de estas necedades he yo oído. Digan, que de Dido dijeron. Lluevan dichos, que ya ahora no me sabian en mi pueblo otro nombre sino la Mesonera burlona, aunque algunos me llamaban la Villana de las burlas. Ya yo no me preciaba de mirar á quien quiera, que una honrilla sirve de garbo al cuello, y de almidon al vestido. Holgárame de haber tomado por tema de este número aquel refran que dice: Quien hurta al ladron, gana cien dias de perdon, de los concedidos por el obispo de sábado. Délos quien los diere, que si perdones se ganaran, yo habia ganado jubileo plenísimo; pero ya sé que para perdones verdaderos